

que el olvido de sus preceptos y de su amor: los males del Justo no serán eternos.

En efecto, Señor, ¿qué puede temer un Christiano conducido por vuestra admirable Providencia? ¿Podrá el justo que pone en vos solo su confianza experimentar verdaderas necesidades quando tanto cuidado teneis de la subsistencia hasta de los mas pequeños insectos? No es la escasez de los bienes de este mundo la que nos asusta y excita nuestras lágrimas: la pérdida de vuestra gracia es la que solamente ó Dios mio! merece nuestros sentimientos: sin ella somos verdaderos pobres, y por tanto os pedimos hoy que no nos abandoneis. Las mudanzas mas maravillosas las haceis con sola una palabra: decidla, Señor, en favor nuestro, y haced que mudados una vez nuestros corazones gusten y publiquen tantos beneficios en el tiempo, y canten vuestras misericordias por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.
cap. 12. v. 16. 21.

Hermanos: No seais sabios en vuestra opinion: no pagando á nadie mal por mal: procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. Si ser puede, quanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres: no defendiéndoois á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira: porque escrito está: á mí me pertenece la venganza: yo pagaré, dice el Señor. Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonaras sobre su cabeza. No te dexes vencer de lo malo: mas vence el mal con el bien.

DOMINGO III.
INSTRUCCION.

Admirables son las máximas que nos presenta hoy el Apóstol San Pablo, y yo quisiera poderlas gravar para vuestra instrucción en el interior de vuestras casas, y mas todavía en el fondo de vuestros corazones. Entónces se multiplicarian las buenas obras para edificación de vuestros próximos, se extinguirian las enemistades y resentimientos, y se reconciliarian los corazones mas obstinados. En efecto, hermanos míos, del olvido de estas verdades, ó por mejor decir, del ningun conocimiento que de ellas quieren tomar los Christianos, nace ese desorden universal que reyna en cada estado, donde se ven algunas personas por su naturaleza muy dispuestas para dar el consuelo y el alivio á los miserables, que son la causa de grandes sentimientos. El amor propio, por el qual abundamos en nuestro sentido, y preferimos nuestras luces y talentos, produce las disputas, enagena el espíri-

tu y el corazon, inspira los resentimientos, rompe las amistades, y pasa muchas veces á las venganzas mas crueles. Aprended, hermanos míos, en la Epístola de este dia el remedio de estos males, y prestadme vuestra atencion.

El Apóstol San Pablo considera que el orgullo es la raiz de todos los vicios que va á combatir; y por tanto empieza su Epístola con estas palabras: Hermanos: No seais sabios en vuestra opinion. Yo con mucho gusto os diria de la humildad lo que el Apóstol dice de la piedad: ella es útil para todos, y voy á demostraros como pueden referirse á esta virtud todas las lecciones con que nos instruye. Sed humildes, y no volvereis mal por mal; porque pensareis que todas vuestras desgracias, aun aquellas que provengan de la malicia de los hombres, son bien merecidas sino por las ofensas que les habeis hecho, á lo ménos por las que teneis hechas á Dios.

Sed humildes, y obrareis las obras de piedad y de misericordia, estimulados únicamente por la gracia y la manifestacion de estas obras. Sin ser

visto alimentar el amor propio, conseguireis que glorifiquen á Dios quantas personas las presencién. Entónces edificareis á vuestros hermanos, y tendreis la satisfaccion de que os imiten y sirvan á Dios y vuestro Padre.

Sed humildes, y no tendreis trabajo alguno en conservar la paz, porque, ¿ qué causa hay que pueda turbarla? ¿ La injusticia de los hombres? no: pues no teniendo interes alguno personal que defender, hareis bien poco caso de su injusticia. Vuestra moderacion y paciencia harán tal vez á los malos en ocasiones mas atrevidos para insultaros y ofenderos; pero con la humildad les dareis blandas respuestas, y mitigareis su cólera, como dice el Sabio.

Si sois humildes, jamas obrareis llevados del resentimiento y la venganza. Pesareis todas las faltas del próximo, no en el peso de vuestro amor propio, que siempre las aumenta, sino en el peso de vuestros pecados que exigen grande paciencia, y mucha misericordia en Dios; no en el peso del mundo, sino en el del Santuario, que no tiene por pecado sino lo que ofende al Señor; no

en el peso de la envidia y de la soberbia, sino en el de la caridad, que siempre es dulce, que nunca se exaspera; y de este modo no defendereis con ardor vuestras máximas, ni los juicios que formais sobre las acciones de los hombres, sino que os tomareis tiempo para mitigar la cólera.

Sed humildes, y no perdereis nunca de vista esta máxima del Apóstol. Escrito está: A mí me está reservada la venganza, y á cada uno recompensaré segun sus obras. Entónces pensareis mucho ménos en vengaros de quien os ofende, que en buscar los medios de ponerlos al abrigo de las venganzas de un Dios tan terrible como justo.

Sed humildes, y no tendreis empacho de exâminar y reconocer las necesidades de vuestro hermano, aunque sea el enemigo mas implacable: ya no sereis indiferentes en sus males; y si tiene hambre ó sed, exercitareis la misericordia para haceros dignos hijos de Dios, é implorar la proteccion y el socorro de su gracia para las muchas miserias y enfermedades que padeceis.

Sed humildes en fin, y conseguireis la gran victoria que está reservada pa-

ra los que lo son de corazon: mientras que los hombres tratan de excederse los unos á los otros en malicia, y de vencerse en perfidia y en maldad; vosotros al exemplo de Jesu-Christo vuestro Maestro y modelo, hareis firme resistencia al mal; y derramando bienes por todas partes, conseguireis su total derrota.

Estas son, hermanos míos, las ventajas de la humildad deducidas de las propias palabras del Apóstol, y por consecuencia la explicacion mas natural que podemos daros de la Epístola de este dia; pero ella produce una dificultad que debo resolver. Conocemos muy bien, decis, la ventaja de la humildad; pero no vemos tan claramente la práctica de una virtud tan facil. Por exemplo, Jesu-Christo dice en el Evangelio, haz bien en secreto, y Dios que será el testigo te dará la recompensa. El Apóstol dice: haz el bien no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. Parece que en estas dos sentencias hay una grande contradicion; pero desaparece inmediatamente que se contempla sobre su espíritu. Sí, Christianos, la máxima del

Apóstol no quiere dispensaros de dar al próximo la edificacion correspondiente á su clase, estado y condicion: la humildad enseña á practicar las obras exteriores, y las acciones mas brillantes sin satisfaccion propia, y con la misma simplicidad que las acciones mas ocultas, porque no busca las buenas obras, sino la gloria de Dios, el provecho del próximo, y la propia santificacion.

Disipada esta primera dificultad, se presenta otra que nace de las palabras siguientes: teniendo paz con todos los hombres, si ser puede, quanto esté de vuestra parte. Pero no hay acaso ocasiones en que pueda romperse la paz, porque es impracticable, y por consecuencia no hay odios implacables, enemistades legítimas, y venganzas permitidas? No abuseis, hermanos míos, en manera alguna de las palabras del Apóstol, y tened entendido que con los auxilios de la gracia sereis siempre humildes de corazon, pacientes en las injurias, sufridos en las desgracias, é indulgentes con los mas crueles enemigos; pero no siempre dependerá de vosotros, el inspirar los mismos senti-

mientos á las personas que os molestan y afligen. Tendreis pues la paz que nazca de vosotros mismos, pero no la que dependa del próximo; vuestro corazon estará libre de enemistades, pero sin embargo sereis el objeto continuo del rencor y del ódio de los malos; guardareis, en las injurias un profundo y christiano silencio, y sereis incesantemente importunados con los clamores y los gritos de todas las personas que os rodean. Encontrareis á Dios como Job en la indigencia, en la enfermedad, y en la miseria universal de la naturaleza humana, y tendreis como él perseguidores crueles en los amigos, y aun en la misma esposa que escogisteis para que fuese vuestro recurso y consuelo en los trabajos.

Esta es la inteligencia genuina de las palabras del Apóstol, y la mas propia para procurarnos una paz sólida y estable. Pero escuchemos una nueva dificultad, que no es de poco interes y consideracion. El Apóstol no se contenta con exhortarnos á la mansedumbre, y al perdón de las injurias; sino que quiere que llevemos la generosidad hasta el punto de preveer las

necesidades de nuestro enemigo, de consolarlas y remediarlas. Si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; y si tiene sed, dadle de beber. Pero este es un consejo simple del Apóstol, ó es una parte del precepto del Evangelio de perdonar las injurias? A esta dificultad respondo, hermanos míos, con una pregunta sacada de la ley. ¿Qué os dicen las Escrituras? Amareis al Señor de todo vuestro corazon, y al próximo como á vosotros mismos. Pero quién es el próximo? Christianos, es una criatura formada de la misma masa que vosotros, y que lleva la imágen y semejanza de Dios, que nos ha criado: y para que esta criatura sea próximo, y tenga derecho á mi compasion, no necesita haber nacido de la misma sangre que yo, ni formar conmigo los vínculos de una tierna amistad, ni habitar la misma casa, el mismo barrio, la misma Ciudad. La Samaritana á pesar del ódio irreconciliable que le habia jurado la nacion Judía, manifiesta la atencion que debe á su próximo, y la tierna compasion con que le mira, aunque tiene una ley ménos perfecta y

caritativa que la nuestra. Esta es una gran lección para los Christianos dominados del resentimiento y del encono.

Hay muchos que piensan haber perdonado á sus enemigos, porque no sienten aquella sed ardiente de vengarse, que devoraba su corazón; porque ven á su enemigo con ménos sobresalto, y porque en algunas ocasiones les dan la palabra, ó hacen algun paso en su beneficio; pero no consideran esa secreta alegría que sienten quando le han humillado, esa indiferencia actual en sus desgracias, y la lentitud con que se atiende á su socorro quando su situación le reduce al estado de esperar el alivio, y aun la misma vida de su liberalidad.

¡ Ah, hermanos míos, si conocieseis las ventajas que nos proporciona el ejercicio de la caridad, tenido por el mundo en la clase de bajeza y cobardía! ¡ Oh, y cómo entónces daríais vuestras alabanzas á esa mansedumbre inalterable de corazón, combatida por las olas de la soberbia, á esa generosidad que vuelve bien por mal, y á esa filosofía christiana, que nunca dexa vencerse ni por los ultrages, ni por

el desprecio! Este sí, que es el verdadero heroismo, y el triunfo de la humanidad. El Christiano caritativo es como un conquistador que subyugándose á sí mismo salva una alma mas preciosa á los ojos de Dios que el mundo entero: yo le veo conquistar el Reyno de los Cielos con la violencia que se hace para sujetar sus pasiones; yo le veo juntar carbones encendidos sobre la cabeza de su enemigo, no para consumirle por el medio de una indigna venganza, sino para abrasarle con el mismo fuego que le devora; y oigo que este mismo enemigo vencido y sorprendido de verse tratado con tanta generosidad y paciencia, exclama como Saul á David: mas justo eres que yo.

Este es el triunfo de la humildad christiana, y entre todas las otras que adornan las almas de los Justos, ella es la mas capaz de conseguir una victoria tan señalada. Un Christiano que llega á subir á este grado de heroismo, puede desafiar con humilde confianza á todas las tentaciones de la vida, seguro de que no le han de separar de la caridad de Jesu-Christo. Mientras practique esta virtud, será in-

vencible, y tendrá la gloria de vencer al mismo tiempo á su enemigo, obrando su conversion, ó á lo ménos conteniendo su malicia: al Demonio desconcertando sus esfuerzos y artificios: á su propio corazón arrancando las raíces del amor propio y del orgullo; y á Dios finalmente desarmando su cólera, é interesando su misericordia.

¡Oh, preciosa y rara virtud! hermanos míos, vamos desde hoy á poner todas las diligencias posibles para conseguirla; pero no imitemos para ello á esos miserables y cobardes, que cediendo continuamente á sus malas inclinaciones, y á sus ódios, hacen un ostentoso alarde de no sufrir ni perdonar á sus enemigos. Este templo contiene quizá en este instante á muchos de esos malos soldados que combaten continuamente con otras armas, y por otros intereses que los de Jesu-Christo, y que estando muy animosos para defender la menor disputa que se suscita, dan pruebas de su pusilanimidad quando tienen que tolerar la menor flaqueza de su próximo.

¡O Dios mio! armad vos mismo

nuestras manos para el combate: armadlas para que se defiendan contra el amor propio que continuamente nos está solicitando: armadlas tambien de esa sabiduría, y de esa gracia, que venciendo todos los males de la vida nos proporcionan en el bien que inspiran el mérito y la recompensa por toda la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
cap. 8. v. 1. 13.

En aquellos dias: Como descendió del monte, le siguiéron muchas gentes: Y vino un leproso, y le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y extendiendo Jesus la mano, le tocó, diciendo: Quiero. Sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada. Y le dixo Jesus: Mira, que no lo digas á nadie: mas vé, muéstrate al Sacerdote, y ofrece la ofrenda, que mandó Moysés, en testimonio á ellos. Y habiendo entrado en Capharnaum, se llegó á él un Centurion, rogándole, y diciendo: Señor, mi siervo paralytico está postrado en casa, y es reciamente

atormentado. Y le dixo Jesus: Yo iré, y lo sanaré. Y respondiendo el Centurion, dixo: Señor, no soy digno de que entres en mi casa: mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo. Pues tambien yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes, y digo á este: vé, y vá; y al otro: ven, y viene; y á mi siervo: haz esto, y lo hace. Quando esto oyó Jesus, se maravilló, y dixo á los que le seguian: Verdaderamente os digo, que no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo, que vendrán muchos de Oriente, y de Occidente, y se asentarán con Abraham, y Isaac, y Jacob en el reyno de los cielos: Mas los hijos del reyno serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto, y el crugir de dientes. Y dixo Jesus al Centurion: Vé, y como creiste, así te sea hecho. Y fué sano el siervo en aquella hora.

INSTRUCCION.

Los prodigios admirables van á fixar nuestra atencion en el Evangelio de este dia. Apenas Jesu-Christo empieza á manifestarse á los hombres, se hace conocer ya como un Dios sensible á sus enfermedades y miserias. Cada uno de los pasos de su vida mortal está señalado por algunos milagros ó beneficios; y no pasa por medio de los pueblos sino para dexar en ellos testimonios sensibles de la bondad, y la generosidad de su corazon. Pero notad, hermanos míos, la gran diferencia que hay entre los milagros de Jesu-Christo, y los prestigios asombrosos que el demonio ha empleado tantas veces para hacerse adoradores y discípulos. Los milagros de Jesu-Christo no solamente llevan consigo el carácter de divinidad, y de poder que los distingue de esos prestigios abominables, sino que tambien anuncian su excelencia y su grandeza, las circunstancias mismas en que se obran,

las precauciones que toma el Señor para hacerlos, y las instrucciones que da con este motivo á los espectadores. Los enfermos y los afligidos son los que generalmente excitan su misericordia, y casi siempre son sus milagros ó las recompensas de su fé, ó la ocasion de instrucciones útiles y sensibles para los corazones humildes que los solicitan.

Es verdad que los Fariseos incrédulos han atribuido mas de una vez á Beelcebuth las obras milagrosas que Jesu-Christo hacia en medio de su pueblo; pero tambien él supo convencerlos de que no tenia necesidad sino de recurrir á su propio poder, y á una autoridad que hacia temblar á Satanás, para mandar á la naturaleza, á las enfermedades, á la muerte, y al Demonio mismo. Así lo prueban las circunstancias de los dos milagros que refiere nuestro Evangelio: y para que vosotros, hermanos míos, saqueis la instruccion conveniente de mis palabras, prestadme vuestra atención.

Habiase hecho Jesu-Christo conocer, en el sermón admirable que acababa de predicar en el monte, como

el solo Maestro, y el único Doctor que los hombres debian escuchar. En esta instruccion prescribió sus obligaciones á todos los estados de la vida, y fué el compendio de la moral que debia explicar mas adelante al pueblo. Habia empleado para instruir y mover á sus oyentes las exhortaciones mas vivas, las parábolas mas sensibles, y algunas veces tambien terribles amenazas; y si comparamos, hermanos míos, los preceptos que Jesu-Christo nos dá en esta instruccion con las máximas de relaxacion que los Doctores de la ley habian enseñado al pueblo, nos admiraremos de que se escuche á Jesu-Christo en el monte con tanta atencion y respeto; pero si consideramos que á ningún otro le corresponde el gobernar y dirigir los corazones á pesar de la austeridad de su doctrina, y de haber desmentido formalmente la de los Doctores de la ley, quitando asimismo la máscara á la hipocresía de los Fariseos, no extrañaremos que se lleve hoy en pos de sí la admiracion, y la confianza de quantos le escuchan; y que esta multitud tome la resolucion de consagrar-

se á él, y de seguirle. Los dos milagros que nos refiere el Evangelio, serán una nueva instruccion para este pueblo, y la disposicion en que se hallan los dos enfermos que solicitan su curacion, y la conducta que Jesu-Christo observa con ellos, serán dos motivos poderosos para que conozcan la divinidad y el poder de su Maestro.

El Evangelio dice que primeramente se le presentó un leproso, y que le adoró: ¡O qué Fé la de este miserable! Ella le enseña que, acercándose al Salvador, se acerca á su Dios; y si el respeto mas profundo le penetra, le anima la confianza mas perfecta; ella le hace conocer en Jesu-Christo un médico universal, sensible á todas las enfermedades, y para quien las mas ocultas é incurables serán facilísimas y conocidas; y por tanto le dice: Señor, si quereis podeis sanarme: esta es la única relacion que hace de su enfermedad. Pero no pasemos mas adelante, hermanos míos, sin exâminar la enfermedad de este hombre. La lepra era una enfermedad contagiosa que infestaba todo el cuerpo. La suerte del Leproso era en extremo deplorable en-

después de la Epiphania. 51
tre los Judíos. La ley mandaba con penas gravísimas, que qualquiera que se viese atacado de la lepra se presentase inmediatamente al Sacerdote, el qual luego que reconocia y declaraba la enfermedad, pronunciaba contra el Leproso una sentencia de separacion, en cuya virtud se prohibia con penas tambien muy fuertes la comunicacion con esta clase de enfermos. Desde este punto renunciaban el trato de sus amigos y sus dudos: se prohibia el uso de sus ropas y muebles; y en una palabra, su vida misma: mientras duraba la curacion era un género de muerte. Como entre todas las enfermedades era ésta la que mas humillaba y abatía á los Judíos, se valió Dios en algunas ocasiones de ella para castigar sus pecados; y así refiere la Escritura, que por una sola murmuracion que tuvo la hermana de Moyses en el desierto, la castigó con una lepra, que precisó á este sabio legislador á separarla del campo de Israel. En el dia no es comun entre nosotros esta enfermedad; y como por otra parte ya no son tan necesarios los castigos visibles, Dios no se sirve de este

medio para confundir los pecadores, y traerlos al camino del arrepentimiento; pero si la lepra ya no es el castigo del pecado, á lo ménos es una figura bien sensible de él, como podremos reconocerlo comparando el estado de un Leproso con el de un pecador.

Consideremos en primer lugar la lepra como una enfermedad contagiosa, y en tal manera, que para prevenirse de ella era preciso interrumpir y cortar toda comunicacion; esta es la suerte del pecador: el progreso insensible y rápido que hacen el vicio y la corrupcion en los corazones: las frecuentes impresiones que sienten los Christianos por la compañía de los malos: la prodigiosa facilidad con que pierden la inocencia quando viven familiarmente con los pecadores; y en una palabra, todo lo que hace al pecado peligroso para el que le comete, y pernicioso para aquel á quien sirve de escándalo, todos estos son los caracteres que le distinguen, y que motivan el pronunciamiento de la ley de la separacion.

Consideremos en segundo lugar, que separado un Leproso de la Socie-

despues de la Epiphania. 53

dad, ya no podia tener cargo ni empleo alguno, de tal modo, que aun los mismos Reyes, que se veian atacados de la lepra, estaban obligados á descender del trono, y condenados á pasar sus dias en la obscuridad y en el olvido. Esta segunda circunstancia me parece muy propia para caracterizar el pecado. El pecador ya no goza distincion alguna entre los amigos de Dios, y si la Iglesia le cuenta todavía en el número de sus miembros, ella no le mira sino como un miembro seco y árido, incapaz, mientras subsista en el pecado, de obrar eficazmente en provecho de su salvacion, y capaz por el contrario de propagar la peste en el rebaño de Jesu-Christo.

Consideremos en tercer lugar la prohibicion del uso de todo lo que servia á la persona del Leproso, y que si alguno quebrantaba esta regla, no solo se exponia á contraer la misma enfermedad, sino que quedaba impuro; y era indispensable, para librarse de esta mancha legal, sujetarse á largas y penosas purificaciones. Es muy difícil, hermanos míos, confundirse con los pecadores, tomar parte en sus di-

versiones, gustar de sus pasatiempos y placeres, sin hacerse cómplices de su disolución, de sus extravagancias, y de su locura; ó degenerar á lo ménos sensiblemente del estado de perfeccion y de virtud.

Yo pudiera, amados míos, amplificar mas esta comparacion, si no me llamasen otras circunstancias de nuestro Evangelio; pero si la lepra es una figura tan sensible del pecado, y sus conseqüencias; no podremos proponer la conducta del Leproso por un modelo á todos los que desean convertirse á Dios? En efecto, las disposiciones que conducen á este hombre á los pies de Jesu-Christo, exigen toda nuestra atencion. ¿Acaso espera el Leproso que Jesu-Christo venga á curarle? No es, hermanos míos, tan insensato: muy diferente de esos pecadores temerarios, que para convertirse esperan que Dios les mude de repente, y que ilumine sus corazones con aquella gracia que convirtió á los Pablos y á los Agustinos, gracia que Dios nunca ha prometido, y que casi nunca concede. Conoce el Leproso toda su bajeza, y la grandeza y santidad de aquel, cuyo

despues de la Epiphania. §§

socorro implora; y sin contar con sus propios méritos pone toda su confianza en la compasion y la caridad de su Médico. Si quereis, podeis curarme, dice á Jesu-Christo: pero aunque habla de esta manera, no duda de que este Señor tome parte en su enfermedad; y aunque confiesa su indignidad y baxeza, no piensa deber su curacion sino á la voluntad de Dios, que solo consulta su misericordia quando nos quiere dispensar alguna gracia.

Jesu-Christo conoce, aprueba y recompensa tan buenas disposiciones; y así con una sola palabra llena todas las esperanzas, y colma los deseos del Leproso: Quiero, le dice, é inmediatamente desaparece la lepra, y se ve libre de la cruel enfermedad que le oprimia. Con tanta facilidad cura Jesu-Christo, hermanos míos, los enfermos constituidos en tan deplorable estado. Si nosotros, en las diferentes enfermedades corporales que padecemos, conociésemos un Médico que curase con tanta prontitud, y con tan pocos remedios, ¿no correriamos ansiosos á buscarle á costa del mayor trabajo? ¿Pues por qué estando tan afligidos de

medad, de las prácticas, y de la penitencia que impone, y del juicio que pronuncia; y que no se tuviese por verdadera curacion aquella que no se sometiese al poder que ha comunicado á su Iglesia. Por tanto es en vano, dice San Juan Chrisóstomo, que un pecador diga en su corazon, yo soy penitente: yo detesto interiormente mis faltas: Dios que conoce, y que sondea el secreto de las conciencias, ve la sinceridad de mi dolor; si Jesu-Christo dice, manifestaos al Sacerdote, y no conteis con vuestra reconciliacion sino quando él os despida en paz.

En fin, aunque Jesu-Christo remita las penas eternas, que son el justo castigo del pecado, no por eso dispensa las obras satisfactorias que exigen la justicia de Dios ofendida, y la naturaleza misma de la ofensa, cuya práctica fiel es comunmente la prueba ménos equívoca de la sinceridad del arrepentimiento. En efecto, si prescribe á este Leproso del Evangelio la ofrenda ordenada por Moyses, ¿con cuánta mas razon le prescribirá al pecador el cumplimiento de las obras que

le impone el Ministro de la reconciliacion?

Apénas ha obrado Jesu-Christo este primer prodigio quando viene á pedirle un Centurion la salud de su criado, rogándole, y diciéndole: Señor, mi siervo paralítico está, postrado en casa, y es reciamente atormentado. Notad, hermanos míos, que el Centurion con tanta sollicitud y cuidado, no pide á Jesu-Christo la curacion de algun hijo que hiciese todas sus delicias, ni la suya propia, sino la de un criado: ¿Qué leccion tan útil para los amos, y principalmente para aquellos orgullosos, é insensibles, que no toman parte alguna en las enfermedades y trabajos de sus criados! Jesu-Christo con este exemplo quiere enseñarles que estan constituidos en la obligacion esencial de mirar á sus domésticos como que hacen parte de sus propias familias, y que el medio de hacerles ménos dura y sensible la esclavitud, es el de compadecerse de sus trabajos, y de procurarles el alivio y el consuelo de sus males.

Aunque esta enfermedad que padece el criado del Centurion parezca

60 *Sancti Domingo III.*
diferente de la primera, no es ni ménos peligrosa, ni ménos terrible; y nos figura asimismo una enfermedad espiritual, que ciertamente es muy digna de temer. En la lepra hemos pintado el pecado en general, y la parálisis nos figura el estado de ciertos pecadores de costumbre que han llegado á envejecerse en el crimen. ¡O qué terrible y funesta es la situacion en que se hallan estos infelices, porque ya apenas tienen sentimiento alguno de las ofensas que hacen á su Dios! La larga y penosa duracion de sus enfermedades los tiene como al parálitico en un género de entorpecimiento que los hace indiferentes para todos los objetos de la religion. Es verdad que no tienen una negacion absoluta de volverse á Dios; pero la inclinacion y la costumbre debilitan sus esfuerzos de tal modo, que regularmente los hacen infructuosos y estériles. El Centurion no podia expresar mejor la situacion deplorable á que la parálisis tenia reducido su criado, que diciendo: está postrado en casa: y yo tampoco podré pintaros mejor el estado del pecador, que diciéndoos que quando ha llegado

después de la Epiphania. 61
á dominarle una vez la pasion, se postra y cae sin remedio baxo el peso de la iniquidad.

Tristes son, hermanos míos, los males que nos refiere el Evangelio, y mas sensible todavía es la figura tan perfecta de nuestras enfermedades espirituales que nos representa; pero tambien tenemos en la ternura y bondad con que Jesu-Christo recibe estos enfermos una imagen sensible de su indulgencia y misericordia ácia nosotros, y á fin de levantar nuestra confianza, apliquémonos á nosotros mismos aquellas dulces palabras que dirige al Centurion: yo iré, y le sanaré.

Notad, mis hermanos, que Jesu-Christo podia exigir que se le presentase el enfermo, asi como pudiera pedir al pecador quando quiere convertirse que diese los primeros pasos en su conversion; pero este apacible Señor, que ha venido para buscar las ovejas perdidas de la Casa de Israel, muy léjos de esperar que se traygan á su presencia las que están heridas, corre para buscarlas y curarlas: yo iré, y le curaré.

El Centurion por mas solícito é

interesado que estuviese en la salud de su criado; nunca creyó que este fuese un motivo para que Jesu-Christo se dignase venir á su casa; y considerando toda su baxeza, y el poder del Señor á quien invoca, le dice: Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa. La distancia que separa á mi criado de tu grandeza, no es un obstáculo para tu bondad; tu poder no está limitado á lugar determinado, y así di una palabra, y con ella se remediarán sus males, y mi afliccion.

No quiero, hermanos míos, molestaros con una larga explicacion del mérito que tiene esta respuesta: basta decir, que la Iglesia se sirve de las mismas palabras, para inspirarnos la humildad y la confianza; siempre que nos presenta en el altar el cuerpo adorable de Jesu-Christo. Pero aunque esta tierra madre quiere que penetrados de nuestra miseria, y de su bondad, solicitemos la salud de nuestros males con la misma humildad y confianza que el Centurión; ¿tenemos acaso los mismos sentimientos, que animáron sus palabras? La humildad le hace considerar la santidad de Jesu-Christo, y su mise-

ria, le representa el poder del Salvador y su propia debilidad; y aunque conozca las ventajas y las honras que van á resultar á su casa con la presencia de su Dios, no solo no se atreve á solicitar este favor, sino que lo resiste diciendo: no soy digno de que entres en mi casa. Si la fe le persuade que no tiene límites el poder de Jesu-Christo; que le basta querer, y mandar para ser obedecido; y que la enfermedad mas incurable, como la mas inveterada, no resistirá su voz; su confianza no le dexa dudar de la salud de su criado luego que el Salvador quiera interesarse en ella, y la comparacion con que le responde convence la íntima persuasíon en que vive. Tambien yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes, y digo á éste, *ve*, y va; y al otro, *ven*, y viene: haz esto, y lo hace. ¿Pues vos, Señor, que disponéis como soberano de las criaturas, y de la naturaleza entera, podeis esperar que haya quien se oponga á vuestra voluntad? ¿Tendreis ménos poder sobre las enfermedades de mi siervo, que yo sobre mis semejantes y subalternos?

¿Vuestra voz no será bastante, poderosa para destruirlas? Reflexionad bien, hermanos míos, el sentido de estas palabras del Centurion, de un hombre que por su religion y estado no era susceptible de confianza, y de fe en Jesu-Christo. Pero notad tambien, que oyendo el Señor la comparacion, no pudo ménos de admirarse; y tomando ocasion de esta circunstancia para dar una instruccion útil á la multitud que le sigue, les dixo: en verdad que no he encontrado tanta fe en Israel. Este dicho de Jesu-Christo nos debe hacer temblar, hermanos míos! ¿Es posible que Israel carezca de fe mientras que un soldado Romano se ve inflamado con su fuego? ¿El heredero de las promesas manifiesta la mayor indiferencia al objeto de de ellas, entre tanto que un gentil reclama las misericordias de Dios con tanta solicitud y confianza? ¿Y podremos acusar solamente á Israel de ingratitude? La indiferencia que manifiestan la mayor parte de los Christianos en las repetidas gracias ofrecidas y recibidas, ¿no merece que se les trate de la misma manera? ¿Qué humilla-

cion para el pueblo Judío, el verse excluido de un Reyno que le pertenece, al mismo tiempo que serán concedidas sus primeras dignidades á hombres que parecian excluidos de ellas! ¿Pero pensais que sea ménos triste para los Christianos el verse precipitados en las tinieblas exteriores, despues de haber gozado del título de hijos de Dios, entre tanto que este Reyno será la herencia de los pueblos nuevamente convertidos á la fe? Jesu-Christo, hermanos míos, llena y satisfice todos los deseos del Centurion con una sola palabra: vé, y como creiste, así sea hecho; y fué sano el siervo en aquella hora. ¿No estamos los Ministros de su Evangelio autorizados para inspirar á los mayores pecadores la confianza mas perfecta despues que nos dió una prueba tan sensible de su poder? Una enfermedad la mas cruel que jamás se vió, se disipa en el instante que lo manda, ¿y las costumbres inveteradas y las malas inclinaciones tendrán fuerza contra su voluntad?

Pecadores, no dexéis pues de solicitar su gracia, no es vuestro siervo el que enferma y desfallece en vues-